

whigs habían favorecido las pretensiones de Monmouth; pero Monmouth ya no existía. Por otra parte, los toríes habían abrigado algunos temores de que los intereses de la Iglesia anglicana no estarían seguros sometidos á un hombre educado entre los presbiterianos holandeses, y de quien se sabía que profesaba la más alta tolerancia respecto á vestiduras, ceremonias y Obispos. Pero desde que la idolatrada Iglesia se vió amenazada de peligros mucho más formidables que provenían de otra parte, aquellos temores desaparecieron por completo. Y de este modo, en el mismo momento los dos grandes partidos pusieron sus esperanzas y afectos en el mismo jefe. Los republicanos viejos no podían rehusar su confianza á quien por muchos años había ocupado dignamente la magistratura suprema de una república. Los realistas viejos no creían obrar contra sus principios al tratar con profundo respeto á un Príncipe tan próximo al Trono. En esta ocasión era de suprema importancia que reinase la más completa unión entre Guillermo y María. Cualquier desavenencia entre la presunta heredera de la Corona y su marido hubiera producido un cisma en aquella inmensa multitud que de todas partes se reunía en torno á un punto que á todos inspiraba el mismo interés. Felizmente, la intervención de Burnet hizo desaparecer todo peligro de discordia en el momento crítico, y el Príncipe llegó á ser incuestionablemente jefe de todo el partido que se oponía al Gobierno, partido que comprendía casi á toda la nación.

No hay el menor fundamento para creer que ya por esta época meditase la gran empresa á que la dura necesidad había de impulsarle más tarde. Sabía que la opinión pública en Inglaterra, si bien muy irritada por los abusos, no estaba en modo alguno dispuesta á la revolución. Es, además, indudable que deseaba

evitar el escándalo que irremisiblemente produciría una lucha mortal entre personas unidas por los más estrechos lazos de afinidad y parentesco. Su misma ambición se oponía á que acudiese á la violencia para alcanzar aquella grandeza, á que llegaría siguiendo el curso ordinario de la naturaleza y de la ley. Porque no ignoraba que de heredar su esposa regularmente la Corona, todas las prerrogativas reales vendrían íntegras con ella, mientras que subiendo al Trono por elección, no había sino sujetarse á las condiciones que á los electores pluguiese imponer. Intentaba, pues, según parece, aguardar prudentemente el día en que pudiese gobernar con indiscutible derecho, contentándose, en tanto, con ejercer gran influencia en la política inglesa, como primer Príncipe de la sangre y como jefe del partido más poderoso de la Nación, el cual, siempre que se reuniese el Parlamento, prevalecería seguramente en ambas Cámaras.

## XII.

## PROPONE MORDAUNT Á GUILLERMO HACER UN DESEMBARCO EN INGLATERRA.

Cierto que ya le había instado un consejero, no tan sagaz como él, pero mucho más impetuoso, á dar un golpe atrevido. Era éste el joven Vizconde de Mordaunt. No ha producido aquel siglo genio de más fecunda inventiva ni espíritu más atrevido que el de este lord. Pero si fácilmente trazaba los más atrevidos planes, rara vez se paraba á considerar si serían practicables. Su vida fué una novela extraordinaria llena

de misteriosas intrigas políticas y galantes, de rápidos y violentos cambios de escena y fortuna, y de victorias más semejantes á las de Amadís y Lanzarote que á las de Luxemburgo y Eugenio. Los episodios que se mezclan á tan extraña historia están en perfecta armonía con la acción capital. Hállanse entre ellos encuentros á media noche con bandidos generosos y rescates de nobles y bellas damas, á quienes libra de manos de sus raptos. Mordaunt, después de haberse distinguido por la elocuencia y audacia con que en la Cámara de los Comunes combatió á los partidarios de la Corte, se puso en marcha, poco después de suspenderse las sesiones, dirigiéndose al Haya, donde con gran vehemencia recomendaba al Príncipe un desembarco inmediato en Inglaterra. Creía cosa tan fácil sorprender tres grandes Reinos como andando el tiempo le fué á él tomar por sorpresa á Barcelona. Guillermo le escuchó, meditó, y en términos generales dió por respuesta que seguía con gran interés la marcha de los negocios en Inglaterra y que no apartaría un punto su atención de cuanto allí sucediese (1). Cualquiera que fuese su propósito, no es probable que eligiese por confidente á un aturdido y vanaglorioso caballero andante. Entre ambos nada había de común, como no fuese el valor personal, que en los dos rayaba en el más fabuloso heroísmo. Mordaunt aspiraba tan sólo á disfrutar la excitación de la batalla y asombrar con sus hazañas á las gentes. Guillermo veía constantemente un gran fin, al cual se sentía impelido por una pasión avasalladora que tomaba á sus ojos aspecto de deber sagrado. Por llegar á aquel fin, trabajaba con paciencia semejante, como él mismo dijo una vez, á la de un marinero á

(1) Burnet, 1, 762.

quien había visto en el Canal luchando contra la adversa corriente sin desmayar porque no obstante sus esfuerzos le hiciese á veces retroceder, pero bogando siempre con vigor, y contento si al cabo de algunas horas lograba adelantar una pequeña distancia (1). Cuantas hazañas no le acercasen al fin á que aspiraba, por gloriosas que pareciesen á los ojos del vulgo, eran para él vanidad infantil, y no formaban parte del verdadero objeto de la vida.

Determinó rechazar el consejo de Mordaunt, y no puede dudarse que su resolución fué acertada. Si Guillermo hubiera intentado hacer en 1686 ó aun en 1687 lo que con tan gran fortuna llevó á cabo en 1688, es probable que muchos whigs se hubieran levantado en armas acudiendo á su llamamiento; pero hubiera visto que la Nación no estaba aún preparada á dar la bienvenida á un libertador armado que llegaba de país extranjero, y que la Iglesia no había sido provocada é insultada lo suficiente á hacerla olvidar aquel dogma que por largo tiempo había sido su orgullo. Los viejos *Caballeros* se hubieran agrupado en torno del estandarte real, y es probable que en los tres Reinos empezase una guerra civil tan larga y sangrienta como la de la generación precedente. Mientras aquella devastaba las Islas Británicas, ¿qué no hubiera hecho Luis XIV en el Continente? ¿Y qué hubiera sido entonces de Holanda, privada de sus tropas y abandonada de su Estatuder?

(1) *Memorias de Temple.*

## XIII.

DESCONTENTO GENERAL PRODUCIDO POR LA CAÍDA DE  
LOS HYDES.

Contentóse, pues, Guillermo en aquella sazón con tomar cuantas medidas juzgó oportunas para unir y animar la formidable oposición de que era caudillo. No era esto difícil: la caída de los Hydes había excitado en toda Inglaterra extraordinaria alarma é indignación. Á nadie se ocultaba que la principal causa de la preocupación del Gobierno era, no determinar si el protestantismo había de ser la religión dominante, sino si debería tolerarse. Había sucedido al Tesorero un Consejo cuyo presidente era católico. Habíase confiado igualmente á un católico el sello privado. El lord Lugarteniente de Irlanda había sido reemplazado por quien no tenía más recomendación ni otros títulos á ocupar tan alto puesto que ser católico. La última persona á quien un Gobierno que mirase por los intereses de la Nación hubiera enviado á Dublín para representar, era Tyrconnel. Sus brutales maneras le hacían desde luego incapaz de representar la majestad de la Corona. Su corto entendimiento y la violencia de su carácter le incapacitaban para dirigir los graves negocios del Estado. La mortal animosidad que sentía contra los propietarios de la mayor parte del suelo en Irlanda, era circunstancia especialísima para que no pudiese gobernar aquel Reino. Pero su intemperante fanatismo pareció compensar ampliamente la intemperancia de sus demás pasiones; y atendiendo al odio que le inspiraba la religión refor-

mada, se le permitió satisfacer á sus anchas el odio que tenía al nombre inglés. Este era, pues, el verdadero significado del respeto del Rey á los derechos de conciencia. Deseaba que su Parlamento aboliese todas las trabas impuestas á los católicos, sólo con el objeto de poder á su vez imponérselas á los protestantes. Claro era que bajo tal Príncipe la apostasia era el único camino para llegar á la grandeza, camino que, á pesar de esto, pocos se atrevieron á recorrer, porque la Nación entera se hallaba como nunca indignada, y el renegado se veía expuesto á tales muestras de desprecio y aborrecimiento por parte del pueblo, que aun á los más encallecidos é insensibles inspiraban temor.

## XIV.

## CONVERSIONES AL CATOLICISMO.

Verdad es que recientemente había habido algunas conversiones notables, que, sin embargo, poco contribuían al crédito de la Iglesia de Roma. Dos aristócratas habían ingresado en la comunión católica, Enrique Mordaunt, conde de Peterborough, y Jacobo Cecil, conde de Salisbury. Pero Peterborough, que había sido activo soldado, cortesano y diplomático, estaba ahora agobiado por las enfermedades y los años, y cuantos le veían recorrer con paso vacilante las galerías de Whitehall apoyado en un bastón y envuelto en emplastos y franelas, se consolaban de su defección observando que no había cambiado de religión sino cuando le abandonó el entendimien-

to (1). La necedad de Salisbury era proverbial. Merced al abuso de los placeres sensuales, su cuerpo había adquirido tal obesidad, que apenas podía moverse, y aquel cuerpo inerte albergaba un espíritu inerte también. Las sátiras populares le representaban como el hombre más á propósito para ser engañado, el cual hasta entonces había sido víctima de los jugadores, y que igualmente podía serlo ahora de los frailes. Un pasquín que por el tiempo que salió Rochester del Ministerio apareció á la puerta del palacio de Salisbury en el Strand, describía en términos groseros el horror con que el discreto Roberto Cecil, si pudiera levantarse de la tumba, vería la persona que había heredado sus honores (2).

Estos eran, de todos los prosélitos de Jacobo, los de más alto rango. Había otros renegados de clase muy distinta, hombres de talento, pero sin fortuna, destituidos de principios y de toda idea de dignidad personal. Entre éstos puede contarse á Guillermo Wycherley, el escritor más licencioso y cínico de una escuela singularmente dada al cinismo y á la licencia (3). También es cierto que Mateo Tindal, el cual en época posterior adquirió gran notoriedad por sus escritos contra el cristianismo, fué recibido por este tiempo en el seno de la Iglesia infalible, hecho que, como puede suponerse, no echaron en olvido los teólogos con quienes posteriormente sostuvo tan viva controversia (4). Más infame apóstata fué todavía José Hai-

(1) Véanse los poemas titulados *Los Conversos* y *La Decepción*.

(2) Hállanse estos versos en la *Colección de poemas políticos*.

(3) Son muy escasas nuestras noticias acerca de Wycherley; pero dos cosas hay completamente averiguadas: que en sus últimos años se hizo papista, y que recibía dinero de Jacobo. No dudo sino que fuese converso asalariado.

(4) Véase el artículo que le dedica la *Biographia Britannica*.

nes, cuyo nombre casi se ha olvidado, pero que en su tiempo se hizo famoso por las mil aventuras de su varia fortuna, pues fué sucesivamente estafador, monedero falso, falso testigo, maestro de baile, bufón, poeta y comediante. Algunos de sus prólogos y epílogos fueron muy admirados por sus contemporáneos, y universalmente se reconocía su gran mérito como actor. Este, pues, se convirtió al catolicismo, y fué á Italia en el séquito de Castelmaine; mas pronto tuvieron que despedirle por su mala conducta. Si hemos de dar crédito á una tradición que por largo tiempo se conservó en el teatro, Haines tuvo la desvergüenza de afirmar que se le había aparecido la Virgen María excitándole al arrepentimiento. Después de la revolución quiso reconciliarse con la ciudad, para lo cual hizo una penitencia más escandalosa que su delito. Una noche que tenía que representar, antes de empezar la función se presentó en el escenario envuelto en una sábana, con una antorcha en la mano, y recitó unos versos indecentes y profanos, á que él llamaba su retractación (1).

## XV.

JUAN DRYDEN.

Al nombre de Haines iba unido en algunos libelos el de un renegado mucho más ilustre, Juan Dryden. Acercábase ya Dryden al término de su vida: después

(1) Véase la noticia sobre Haines por Jacobo Quin en las *Misceláneas* de Davies; *Obras de Tomás Brown*; *Vidas de estafadores*; Epílogo de Dryden á la *Máscara Secular*.

de muchos triunfos y muchas caídas había conseguido al fin que la opinión general le concediese el primer puesto entre los poetas ingleses de su tiempo. Más que ningún otro literato de Inglaterra era Dryden acreedor á la gratitud de Jacobo. Pero Jacobo se ocupaba poco de los versos y mucho del dinero. Desde el día de su advenimiento habíase propuesto introducir pequeñas reformas económicas que valieron á su Gobierno ser tachado de mezquindad sin producir ningún alivio perceptible en la Hacienda. Una de las víctimas de tan irracional tacañería fué el poeta laureado. Dióse orden que en el nuevo presupuesto se suprimiese el tonel de vino de Jerez que anualmente se concedía á Johnson y que continuaban recibiendo sus sucesores (1). Este fué el solo recuerdo que el primer año de su reinado se dignó conceder al gran satírico, que en el momento crítico de la gran lucha del *bill* de exclusión había esparcido el terror entre las filas de los whigs. Dryden era pobre, y no llevaba con paciencia su pobreza. Sabía muy poco y apenas se ocupaba de las contiendas religiosas. Si algún sentimiento había hondamente arraigado en él, era aversión decidida á todo linaje de sacerdotes, levitas, augures, muftis, sacerdotes católicos, presbiterianos, anglicanos. No era por naturaleza hombre de levantado espíritu, y sus trabajos no podían en modo alguno haber contribuído á dar mayor elevación ó delicadeza á su entendimiento. Durante muchos años había ganado el pan cotidiano adulando el corrompido gusto del público y halagando bajamente á ricos y nobles protectores. No había de pedirse propio decoro ni conducta delicada á quien había llevado una

(1) Resulta este hecho, que escapó á las minuciosas investigaciones de Malone, del *Treasury Letter Book* de 1685.

vida de mendigo y adulador. Al ver que si continuaba llamándose protestante ya no se solicitarían sus servicios, se declaró católico. Entonces instantáneamente desapareció la tacañería del Rey. Asignóse á Dryden una pensión de cien libras anuales, y él se ocupó en defender su nueva religión en prosa y verso.

Dos hombres eminentes, Samuel Johnson y Walter Scott, hicieron los mayores esfuerzos para persuadirse y persuadir á los demás de que tan memorable conversión había sido sincera. Era natural que deseasen borrar mancha tan deshonrosa de la memoria de un hombre cuyo ingenio con justicia admiraban, y cuyas opiniones políticas les inspiraban la más viva simpatía; pero el historiador imparcial debe, con pesar, emitir fallo muy diferente. Siempre inspirará gran desconfianza la sinceridad de una conversión en que el converso obtiene inmediata ganancia, y en el caso de Dryden nada hay que pueda desvanecer esta suposición. Sus escritos teológicos prueban plenamente que nunca había buscado con afán y diligencia la verdad, y que su conocimiento, así de la Iglesia que abandonó como de aquella cuya doctrina abrazara, era lo más superficial que puede darse. Ni su conducta posterior hace ver en él al hombre á quien la conciencia de su deber ha obligado á dar un paso de capital importancia. Á obrar él de esta suerte, la misma convicción que le había hecho ingresar en la Iglesia de Roma, le hubiera impedido infringir grosera y habitualmente los preceptos que aquella Iglesia, lo mismo que todas las cristianas, proclama como obligatorios. Además se hubiera notado gran diferencia entre las composiciones anteriores y posteriores á su conversión. Hubiera mirado con remordimiento su vida literaria de casi treinta años, en los

cuales había empleado constantemente sus raras dotes de hablista y versificador en propagar la corrupción moral. Ni un verso que pretendiese hacer despreciable la virtud ó inflamar licenciosos deseos debía salir en adelante de su pluma: por desgracia, la verdad es que los dramas que escribió después de su pretendida conversión son tan impuros y profanos como los de su juventud. Hasta cuando se dedicaba á traducir, buscaba constantemente y rebuscaba en los autores originales hasta encontrar imágenes que, no sólo no debía haber buscado, sino que aun cuando las hallase debía haberlas pasado por alto ó al menos atenuar su colorido; pero lo que era malo, resultaba peor en sus versiones; lo que era inocente se hacía picaresco al pasar por su inteligencia: hizo aún más groseras las sátiras de Juvenal que tradujo; intercaló descripciones indecentes en los cuentos de Boccaccio, y manchó la dulce y limpia poesía de las *Geórgicas* con fango inmundo, que hubiera excitado la indignación de Virgilio.

El refuerzo de Dryden fué saludado con entusiasmo por los teólogos católicos, que sostenían con trabajo la lucha con los más ilustres campeones de la Iglesia anglicana. No se les ocultaba que su estilo, desfigurado por las lenguas extrañas que habían practicado en Roma y en Douay, no podía presentarse con ventaja al lado de la elocuencia de Tillotson y Sherlok. Parecía que no era cosa de poca importancia haber conseguido la cooperación del gran maestro de la lengua en aquel tiempo. El primer servicio que se reclamó de Dryden, en cambio de su pensión, fué una defensa del catolicismo, en prosa, contra Stillingfleet. Pero el arte de bien decir es completamente inútil cuando lo que se tiene que decir es insignificante, y en este caso se hallaba Dryden. Pronto advirtió cuán inferior

era á su antagonista, cuya vida entera había sido una larga escuela de controversia. El gladiador veterano desarmó al novicio, infiriéndole desdeñosamente algún que otro arañazo, y dejándolo en seguida para acudir al encuentro de enemigos más formidables.

## XVI.

## LA CIERVA Y LA PANTERA.

Echó mano entonces Dryden de un arma en que seguramente no tenía rival. Huyó por algún tiempo del bullicio de cafés y teatros á un tranquilo retiro en el condado de Huntindong, y allí compuso con inusitado esmero y laboriosidad su célebre poema sobre los puntos discutidos entre católicos y anglicanos. La Iglesia de Roma estaba representada por una cierva de nivea blancura siempre en peligro de muerte, pero no condenada á morir. Las fieras del bosque intentaban darle muerte. La medrosa liebre observaba tímida neutralidad; pero el zorro sofíniano, el lobo presbiteriano, el oso, que representaba á los independientes, y el jabalí anabaptista, esperaban, dispuestos á arrojarse sobre ella, á la inmaculada cierva. Sin embargo, gracias á estar protegida de su amigo el regio león, podía arriesgarse á beber con ellos en el mismo arroyo. Personificaba la Iglesia anglicana una pantera de manchada piel es cierto, pero hermosa, excesivamente hermosa para una fiera. La cierva y la pantera, igualmente aborrecidas de las bestias de la selva, conferenciaron aparte acerca del común peligro. Luego se pusieron á discutir los puntos en que disentían, y al mismo tiempo que jugueteaban con la cola y pa-

seaban la lengua por el hocico, conversaban largamente sobre la real presencia, la autoridad de Papas y Concilios, las leyes penales, la ley del *Test*, los perjurios de Oates, los servicios de Butler, que tan mal habían pagado los *Caballeros*, los folletos de Stillingfleet y los anchos hombros y proyectos matrimoniales de Burnet.

Fácilmente se comprende lo absurdo de este plan. En verdad, la alegoría no podía mantenerse sin interrupción ni diez versos seguidos. El arte de composición no podía evitar los escollos del plan que se había propuesto. Sin embargo, la fábula de la cierva y la pantera es, á no dudar, la obra más importante que produjo la literatura inglesa durante el breve y turbulento reinado de Jacobo II. En ninguna de las obras de Dryden se hallarán pasajes de mayor magnificencia, ni más patéticos, ni tan notable fluidez y energía en el lenguaje, ni más agradable y variada música.

El poema se publicó con todas las ventajas que puede conceder la regia protección. Imprimióse una soberbia edición para Escocia en la Imprenta Católica, en el palacio de Holyrood; pero la gente no estaba de humor de dejarse seducir por los encantos del transparente estilo y melodioso ritmo del apóstata. El disgusto excitado por su venalidad, la creciente alarma que inspiraba la política que él elogiaba no podían dejar de manifestarse. Inflamaban la justa indignación del público muchos á quienes el poeta había puesto en ridículo, sin contar todos aquellos que envidiaban su fama. No obstante las restricciones que pesaban sobre la prensa, diariamente aparecían escritos en que se atacaban su vida y sus obras. Ya le comparaban con Bayes, ya con el poeta Squab, ya le recordaban que en su juventud había hecho á Cromwell la

misma servil corte que ahora hacía á los Estuardos. Algunos de sus enemigos hicieron reimprimir con toda malicia los versos que había escrito Dryden burlándose del catolicismo cuando no esperaba ganar nada con ser católico. Entre las muchas sátiras que en esta ocasión salieron á luz, la que alcanzó mayor popularidad era obra de dos jóvenes que acababan de terminar sus estudios en Cambridge, siendo acogidos en los cafés literarios de Londres como novicios de quienes se podía esperar mucho. Llamábanse Carlos Montague y Mateo Prior. Montague era de noble cuna, al paso que el origen de Prior era tan oscuro, que ningún biógrafo ha podido encontrarlo; pero ambos aventureros eran pobres y ambiciosos; ambos estaban dotados de ingenio agudo y poderosa inteligencia; ambos llegaron después á los más altos puestos, y ambos unían en grado eminente al amor á las letras gran conocimiento en aquella parte de los negocios que más suele disgustar á los literatos. Entre los cincuenta poetas cuyas vidas escribió Johnson, Montague y Prior son los dos únicos que se distinguieron por su profundo conocimiento de la hacienda y el tráfico. Muy pronto habían de separarse, siguiendo cada uno dirección contraria. Disolvióse su antigua amistad, y uno de ellos, que llegó á ser jefe del partido whig, fué acusado ante la Alta Cámara por los toríes. El otro, iniciado en todos los misterios de la diplomacia tory, estuvo mucho tiempo encarcelado por los whigs. Por fin, después de muchos años fecundos en acontecimientos, ambos amigos, por tanto tiempo separados, vinieron á reunirse en la abadía de Westminster.